

Esteban Valle García  
*Texas Tech University*

Ifigenia

Qué triste se mira la niña de los ojos  
almendrados.

Sus mejillas se ven pálidas  
y sus labios tan morados.

¿Será que su pobre corazoncito  
ha dejado de latir?

¿Será que no resistió el impacto de la  
décima-segunda puñalada?

¿Será que el refulgente metal que ahora  
reposa tan quieto entre mis manos  
le haya destrozado sus sueños y su vida?

¡¿Será posible Dios mío?!

## Jardín

Bienvenido silencio, has venido por fin  
a recordarme tu omnipresencia indiferente o  
fría piedra.

Permíteme conjurarte de pronto, rompiéndote  
si es posible.

¿Te acuerdas de Eva?  
Aquella niña vestidito rosado  
que tú me enseñaste a querer como  
a mí mismo.

¿Acaso le recuerdas?

A lo mejor resulte más fácil que ella te haga pedazos,  
y deje tus gritos para otro rato.

A lo mejor Eva eso merezca,  
y mienta si le digo que no existes.

No me creas.

Por un momento le he conjurado a ella  
y solamente has aparecido  
vos,  
enrollado como sierpe aterciopelada.

Machalá, andate.

## Nocturno

No podemos encontrarnos en la oscuridad,  
y nuestras voces rebotan sin tocarse.  
(se mueren los silencios uno a uno).

La desesperación es una barca  
que recorre el mar de los olvidos  
con ningún otro pasajero que tu odio  
y uno que otro suspiro  
del que fue poseedor de tu cuerpo.

Y sueños e incendios y las enumeraciones infinitas  
de la carne y el temblor  
y las delicias  
de la noche.

IV  
Esta noche,  
donde no nos encontramos por la oscuridad,  
nuestras bocas –como nuestras voces–  
pasan una al lado de la otra,  
rebotando sin tocarse.